

Capítulo 377 - La muerte se encuentra con la muerte

"Hm... Amón dijo que estaba aquí..." Morrigan murmuró, con los ojos medio cerrados mientras miraba la mansión gótica frente a ella —todas torres oscuras, ventanas arqueadas y un jardín muerto que parecía sacado directamente de un video musical de metal sinfónico.

Ella suspiró profundamente. El tipo de suspiro que podría hacer que las flores se marchiten. Luego extendió la mano y presionó el timbre con un solo dedo enguantado.

DING... DOOONG.

Morrigan cruzó los brazos y golpeó el suelo con los pies. Ella estaba impaciente.

"Una diosa de la muerte... tocando un timbre.

Honestamente. Me estoy volviendo demasiado humano... y eso está empezando a molestarme."

Ella esperó unos segundos más. Nada.

DING. DOONG. — otra vez, sólo que con más veneno.





Silencio respondido.

Sus ojos se entrecerraron. La irritación brillaba en sus iris como un rayo a punto de caer.

"Zafiro... te estás metiendo conmigo, ¿verdad?" Ella murmuró, apretando los dientes en una sonrisa peligrosa.

Y luego... perdió completamente la paciencia.

DIDIDI-DING-DIN-DING-DINN-DING-DING-DING!!!

Comenzó a apuñalar el botón del timbre con el dedo, repetidamente, ferozmente —tan rápido que el pobre artilugio perdió toda dignidad melódica. El "dong" fue excomulgado de la existencia. Lo único que quedó fue el "ding", histérico, repetido como una máquina arcade maldita.



La puerta se abrió con un crujido lento y calculado — como si incluso la madera estuviera indecisa sobre si permitir su presencia allí.

Morrigan cruzó los brazos, lista para desatar otro bombardeo verbal... hasta que apareció.

Alto. Hombros anchos. Cabello negro, todavía húmedo, goteaba en mechones desordenados sobre su frente. Sus ojos —un púrpura antinatural— la miraban como si pudieran perforar los velos entre mundos. La toalla blanca colgaba peligrosamente baja sobre su cintura, gotas que goteaban lentamente por su abdomen bien definido como rastros de pecado.

Ella se congeló.



Sólo por un segundo.

Un hormigueo traicionero recorrió su columna vertebral y se posó audazmente entre sus piernas. Ella lo ignoró. O lo intentó.

El hombre levantó una ceja, completamente indiferente al hecho de estar ante una diosa con el aura de la noche misma.

"¿Quién eres tú?" preguntó con voz ronca, recién salido de la ducha, como si fuera una entrega que no recordaba haber pedido... pero tal vez tenía curiosidad por abrirla de todos modos.

Morrigan parpadeó. Recuperó el control con la gracia de una profesional del caos, cruzando lentamente los brazos, como si regresara a su propio trono.

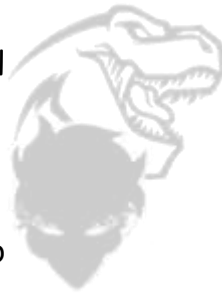
"¿Dónde está Zafiro?" Ella preguntó casualmente, aunque sus ojos lo examinaron cuidadosamente.

Vergil frunció ligeramente el ceño. Fue sutil...pero suficiente. Él se dio cuenta.

Esa aura sutil que la rodeaba... dorada, viva, pero con un aroma antiguo. Ya había sentido algo así antes.

"Una diosa", pensó inmediatamente, con la mirada aguda como una espada.

Idéntico a lo que había sentido antes de Afrodita... pero diferente. Menos tentación. Más destrucción.





La pregunta que lo rodeaba ahora era otra: ¿qué diosa... y por qué estaba allí, después de Zafiro?

"Ella no está aquí. "Gracias", dijo Vergil, y la puerta empezó a cerrarse sin contemplaciones.

Pero ella no lo dejó.

Con un movimiento rápido, clavó su talón en el marco de la puerta, impidiendo que se cerrara.

"Ella vive aquí", dijo riendo sin humor. "Así que ella estará aquí. Ahora abre esta maldita cosa antes de que te mate."

Su tono era bajo. Caliente. Letal.

Vergil se detuvo. Poco a poco volvió sus ojos hacia ella y luego...

Él liberó su aura.

Fue como truenos en un campo silencioso.

El aire entre ellos se volvió denso, casi sólido. Un vacío espiritual envolvió el medio ambiente. Morrigan lo sintió inmediatamente.

'...!!!'





Dio un paso atrás involuntario, puro instinto, y levantó barreras invisibles alrededor de su alma — defensas olvidadas durante siglos, activadas en milisegundos.

Sus ojos se volvieron completamente negros y su aura dorada... se convirtió en una capa oscura, densa y absoluta.

"Muerte", murmuró, como si nombrara una fuerza primitiva.

El reconocimiento salió de su boca incluso antes de que pensara.

Virgilio la observó con calma — ojos vacíos, pero profundos como abismos.

Él no dio marcha atrás. Él simplemente devolvió la palabra:

"Muerte." La vibración era idéntica. Pero el peso... el peso era diferente. Antiguo. Estratificado. Irreducible.



Ella entrecerró los ojos.

"Caballero de la Muerte", dijo, no como una pregunta, sino como una confirmación.

Él respondió impasible: "Una diosa con el concepto de la Muerte"

Silencio.

La tensión flotaba en el aire como una cuchilla a punto de caer. Se miraron como dos entidades que no sabían si luchar... o inclinarse el uno ante el otro.

Y luego, lentamente, Morrigan sonrió —una sonrisa de esquina, peligrosa y llena de intenciones ocultas.

"Esto es más interesante de lo que esperaba."

Virgilio permaneció quieto, inmóvil como una estatua tallada en las sombras.

"Todavía no sé si eres una amenaza o simplemente molesto"

"Podrían ser ambas cosas", respondió con cruel dulzura. "Pero primero tendré que ver Zafiro... antes de decidir si te arranco el alma o comparto una bebida"

La tensión entre ambos todavía bailaba en el aire, como chispas entre palas a punto de colisionar. Pero Vergil simplemente giró tranquilamente el pomo de la puerta y la abrió por completo.

"Buena suerte con eso", dijo, frío como el hielo. "Haz lo que quieras."

Y luego simplemente le dio la espalda y entró, con la tranquilidad de quien reina en su propio territorio.

"No cierres la puerta de golpe. "Es un tema delicado", añadió con un gesto indiferente sobre el hombro.

Morrigan levantó una ceja y cruzó el umbral con un ligero giro de ojos. El interior de la mansión era oscuro, elegante, lleno de ecos y sombras antiguas. Cada detalle parecía susurrar secretos guardados durante siglos.





Ni siquiera había dado tres pasos cuando levantó la voz:

"¿De verdad vas a dejarme deambulando por aquí sin siquiera ofrecerme una bebida o una bofetada?"

Virgilio ya subía las escaleras, sin mirar atrás.

"Espera, ¿ni siquiera vas a guiarme hasta allí?" Morrigan insistió, más irritada de lo que quería mostrar.

"Dije, haz lo que quieras", respondió con total desdén, desapareciendo en la curva del piso superior. Y luego, con esa misma voz fría y cortante, añadió: "Tengo a una de mis esposas desnuda en mi cama". "Tengo trabajo que hacer."

Morrigan se detuvo.

Por un momento, ella simplemente se quedó allí, inmóvil al pie de las escaleras, mientras el sonido de sus pasos resonaba arriba—tranquila, rítmica, cruel.

Ella respiró profundamente. Sus ojos brillaban con algo entre diversión y pura frustración.

"Arrogante, guapo, poderoso y polígamo", murmuró para sí misma. "¿Amon estaba hablando de él? ..."

"ESPERA, DIME TU NOMBRE", gritó.

"Lucifer", respondió.

